

la ciudad terrena, enemiga de Dios y del hombre, es el pesimismo de HARTMANN y de SCHOPENHAUER, su maestro. No es ciertamente la vida presente nuestro supremo fin, sino antes es camino que llega á este fin después, sobre todo, que ha sido hollado por los sagrados pies del divino Salvador; pero es crimen que clama al Cielo aborrecerla y menospreciarla, buscando en el suicidio y en la nada el sumo bien del hombre y de la especie humana.

Esta señal, empero, de los tiempos que corren, y en general todo el lúgubre cuadro de la civilización y del progreso moderno, hacen que resalte más y más ante los ojos la verdadera doctrina y aun el hecho real del progreso de la Humanidad bajo el gobierno de la divina Providencia. Si, como creemos, la filosofía pesimista es en el orden de los conceptos el último grado en la línea descendente del progreso negativo, bien puede también creerse que en sentido contrario cierta manera de optimismo cristiano debe animar á los hombres de buena voluntad á cooperar activamente en la obra del progreso verdadero.

Permítame el lector algunas reflexiones acerca de esta tesis.

X

Recuerde el lector lo que ya hemos visto en los textos y doctrinas de los grandes maestros y doctores acerca de la Providencia divina, que todas las cosas las ordena al bien de la criatura, hasta el mal mismo, hasta el progreso negativo que ha habido y habrá siempre en el mundo; considere á la Iglesia católica como á sociedad plenamente expansiva, instituida por su divino Fundador y adornada con todo linaje de gracias y auxilios para dilatar su acción y su influencia, como realmente la ha dilatado en la sucesión de los tiempos; note el progreso de este influjo en la vida entera del linaje humano, en los sentimientos, en las costumbres, en las letras, en las ciencias, en las artes, en la familia, en la sociedad, en las instituciones

todas, y echará claramente de ver, sin necesidad de nuevos textos ni razones, que aunque la Historia registra épocas harto tristes, en que la civilización verdadera, es decir, cristiana, parece eclipsada, todavía, aun durante el eclipse, ha crecido el bien en el mundo, comparado con el estado que tenía en el tiempo en que comenzó á ser predicado el Evangelio, y que después del eclipse el progreso ha seguido su movimiento ascendente.

La Historia confirma en este punto la verdad de la doctrina. "La filosofía de la Historia, dice SCHLEGEL¹, puede y debe tomar como base y fundamento de todo el desarrollo histórico el principio sobrenatural, esto es, la creación del hombre á imagen y semejanza de Dios, y mirar, por consiguiente, la reparación de esta imagen como fin y compendio de toda la Historia... Por esto, según el principio de la revelación cristiana, serán perfeccionadas de día en día, no sólo las ciencias y la sociedad, sino también el hombre en todas sus relaciones."

Es muy digno de ser notado que aunque la civilización cristiana y la Iglesia que la ha creado y siempre la dirige², tienen contra sí muchos enemigos y muy astutos; aunque todos ellos vienen dando el asalto general contra la ciudad de Dios, combatiéndola en todo lo que pertenece á su gloria, en el orden científico, en el social, en el político y en el religioso, también es cierto que las fuerzas del enemigo, como la astucia del espíritu mismo de las tinieblas³, están ya como

¹ Citado por el ilustre profesor del Colegio Urbano, LUIS GALIMBERTI, en su excelente *Introductio philosophica ad Historiam universam*. Roma, 1877.

² No tengo por correcta ni mucho menos, la proposición en que el Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO atribuye alternativamente á naciones y razas "el altísimo empleo de *iniciadoras* y *directoras* de la civilización". (Discurso arriba citado.) No, el impulso primero y la verdadera norma de la civilización son de Dios, Criador y Rector supremo del mundo en general y del hombre en particular; las naciones y las razas pueden concurrir en la acción civilizadora por modo instrumental, mas no como causa eficiente ni dando la forma intrínseca de la civilización, que es el orden moral, cuyo magisterio infalible pertenece á la Iglesia, que es la verdadera iniciadora y directora de la civilización verdadera.

³ "Lo spirito dello tenebre, dice graciosamente el Conde SOLARO DELLA MARGHERITA en su hermosa obra *L'uomo di Stato* (vol. I, cap. IX), ha esaurito la sua malizia da gran tempo."

agotadas; que sus ataques han sido rechazados gloriosamente por los campeones de la verdad; que no hay ya error que no haya sido deshecho, ni problema que no esté resuelto, ni sombra no disipada por la sabiduría cristiana, confirmada por la autoridad de la Iglesia, y que, libre por tanto del cuidado de la propia defensa¹, la Iglesia y la civilización proseguirán su marcha triunfante hasta llegar al fin adonde habrá de llegar. Claramente conoció esta verdad Mr. Guizot, á pesar de sus errores doctrinarios: "Hace diecinueve siglos — decía en su *Historia de la civilización*, — que dura la civilización cristiana, y he aquí que el estado en que se halla es de continuo progreso; y aun delante de sí tiene una carrera inmensa, á la cual se lanza más rápidamente que nunca." Justo es, por otra parte, considerar que las fuerzas y resortes que la industria y la cultura moderna ponen en manos de la Iglesia para ésta difundirse y llenarlo todo, son ya de por sí un progreso, aunque parcial, admirable, y en relación con el fin á que sin duda está ordenado en los designios de Dios, de un valor y trascendencia que excede á todo cálculo. ¡Oh si fuera dado pronto á la Iglesia el consuelo de congregar en su seno á los que hoy hacen parte, por culpa de sus padres, del cisma y de la herejía, cuán fácilmente se conseguiría que brillase muy pronto en las naciones infieles la luz que ellas no conocen todavía!

Volviendo los ojos sobre nosotros mismos, sin duda hallaremos motivos de consuelo y razones para tomar aliento y concebir risueñas esperanzas. Cierta la tempestad arrecia, el cielo está cubierto de negras nubes, sobre todo en el mundo oficial, que siempre que ha dominado algún error ha sido el sostén único poderoso de él; pero ¿no es, por ventura, maravilla, anuncio de otras maravillas mayores, que viva la civilización cristiana en Europa á pesar de tantos, tan recios y continuados golpes como viene recibiendo por espacio de si-

¹ Porque, como observa el ilustre ACTORIE, "después de la victoria final de la Iglesia sobre el protestantismo y la Filosofía, es imposible, lógica y moralmente, que ningún error de alguna monta tome asiento en el mundo cristiano." (*De l'origine et de la réparation du mal*, lib. III, cap. IX.)

glos enteros de mano de los mismos que debieran protegerla? Este solo hecho, ¿no prueba acaso palmariamente que posee "un fondo inagotable de recursos para remozarse sin perecer, para salvarse en las mayores crisis¹", y para lanzarse de nuevo á la carrera y continuar dando testimonio á la fecundidad divina de la Iglesia y ayudando más y más á los hombres en la obra que les está encomendada en orden á su fin?

Léase de nuevo el hermoso cuadro que trazó BALMES con inimitable maestría de la civilización europea, hija de la Iglesia², y poniendo luego los ojos en la realidad presente, se advertirá al punto que, no obstante el eclipse que en ella padece el original, todavía se pueden reconocer sus principales rasgos y entender que no es imposible su perfecta restauración. No hay, pues, razón para desmayar, y mucho menos para renunciar á la esperanza. "El desaliento — nos dice AUGUSTO NICOLÁS, — no sirve para nada. Ante el bien total que se obra en nuestros días, todos tenemos que decir: *Esta sociedad no puede perecer*. Guardémonos, añade, de la disposición senil, que consiste en no ver sino lo malo que hay en la época que toca á cada uno, y lo bueno que hubo en otros tiempos. ¿Acaso ha ofrecido la Iglesia en algún tiempo un espectáculo como el que hoy ofrece, de autoridad suave y al mismo tiempo eficaz, espectáculo único en el mundo, el cual se ostenta en el mayor grado de universalidad, aun fuera de entre los fieles, espectáculo de deferencia y respeto á todo lo que se refiere á la civilización? ¿Fue alguna vez más vigorosa que ahora la concentración de sus fuerzas? ¿Ha habido algún otro tiempo en que haya penetrado tanto como ahora en los continentes más misteriosos, haciendo al mismo tiempo surgir en nuestras antiguas ciudades tantas obras como rejuvenecen la vida en ellas? ¿Qué gran fermentación católica de regeneración social³!"

No fué diferente sobre este punto el juicio de nuestro BAL-

¹ BALMES, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, vol. II, cap. IX.

² *Ibid.*

³ *Etude hist. critiq. sur le P. Lacordaire* (París, 1886) pág. 227.

MES: "Dudo mucho—decía—que los tiempos presentes deban en nada posponerse á los pasados, considerando los pueblos civilizados en general y prescindiendo de dolorosas excepciones que por necesidad deberán ser pasajeras ¹."

A la verdad, yo no conozco nada más funesto que el desaliento y la inacción de los que, debiendo luchar como buenos contra los que militan en las filas enemigas, dejan que se les caigan de las manos las armas que ha puesto en ellas la necesidad de la defensa, creyendo neciamente que todo se ha perdido y que es vano todo esfuerzo en pro de la causa de la Religión y la sociedad. Los que así piensan no conocen la verdadera filosofía de la Historia, ni están en ese punto animados del espíritu cristiano.

Enseña la primera que cuanto es más pesimista el sistema que domina en la sociedad, tanto más baja en ella el termómetro de la civilización. Sobre lo cual se ha observado que la especie de culto tributado á PLATÓN, cuya concepción del mundo es sombría, ha coincidido con crisis funestas; y, por el contrario, al predominio de ARISTÓTELES, filósofo en quien la Humanidad se parece con toda la integridad y vigor de su ser natural, han acompañado ó seguido grandes bienes ². Ideal en este punto es el mismo sistema aristotélico purificado y elevado hasta la altura de la filosofía cristiana, que tocó en su cenit con el sol de Aquino, y que restaurada en nuestros días, gracias principalmente á la solicitud de León XIII, es un paso decisivo en favor del suspirado triunfo universal de la verdad católica. Pesimista es la doctrina de CALVINO; pesimistas los sistemas todos que niegan virtud y eficacia á las causas segundas, especialmente á nuestra voluntad libre, aunque por ventura corran estos sectarios un velo que no les deje ver la depravación y miseria á que conducen sus errores, y sobre él pongan las flores creadas por su fantasía; pesimista, en fin, es

¹ *Cartas á un escéptico*, carta VI.

² ALDOCH DR. P. BÉDA, *Geschichts-philosophische studien, Studien aus dem Benedictiner*. II Hett., 1892, pág. 198.

la filosofía de SCHOPENHAUER y HARTMANN, para quien no hay otra esperanza contra la infelicidad de esta vida que el *nirwana* ó sueño eterno del budismo indico en brazos del no ser; pero la sana filosofía, fiel á la sabiduría antigua y confirmada por la Iglesia, no dejará nunca de proclamar, aun en las crisis más angustiosas, que, guiada por la Providencia divina y haciendo uso de las fuerzas naturales y sobrenaturales que le son dadas, la Humanidad crece y crecerá perpetuamente en perfección y felicidad, teniendo ante los ojos un ideal que esencialmente no varía, por más que se muden y alteren las formas accidentales y transitorias con que sea realizado por modos diferentes en tiempos diferentes ¹.

Cierto, el espíritu de la fe confirma en este punto las lecciones de la filosofía cristiana de la Historia. Pero acerca de él no quiero yo hablar, sino dejar el uso de la palabra á los que hablan y escriben con sabiduría y autoridad de que yo carezco. En una magnífica instrucción pastoral del actual Obispo de Autun, MONS. FERRAUD, *sobre la Providencia y las pruebas de la sociedad cristiana*, después de haber notado su eminente autor que "el Cristianismo y la Iglesia sufren en esta triste hora uno de los asaltos más violentos, entre los que refiere su larga historia militante", y que los enemigos de Cristo, que hoy repiten en todas partes el TOLLE, CRUCIFIGE del Pretorio, tienen de su parte, no solamente el número, sino también el PODER, y disponen de los recursos humanos de todas clases, escribe estas hermosas líneas: "Precisamente por estas mismas

¹ Refiriéndose AUGUSTO NICOLÁS al grandioso cuadro de la civilización europea trazado por nuestro BALMES, observa: 1.º, que lejos de proceder en ninguno de sus elementos de la Revolución, existe á pesar de ella y de cuanto ella hace para corromperla y encadenarla; 2.º, que esta civilización es *nuestra*, de nuestra edad, á la cual considera (acaso con exagerado optimismo) en estado de progreso, *en progrès de sociabilité*, respecto de las edades precedentes; y 3.º, que "siendo resultado de la fuerza que le han comunicado las edades cristianas, pero teniendo que luchar contra la fuerza retrógrada que tiende á conducir á la sociedad hasta la barbarie de la Revolución, perecería muy pronto si no volviésemos, no á los grados que ya han sido recorridos, sino al Principio permanente de la civilización moderna", tomada esta palabra en contraposición á la antigua ó pagana, "en todos sus grados, no á la Edad Media, sino á la fe de la Edad Media, ó mejor todavía, al Evangelio eterno de Jesucristo en su Iglesia inmortal, por quien todas las edades llegan á ser suyas." (Ibid., pág. 229.)

razones debe ser mayor nuestra invencible confianza en las promesas formales del Salvador, con exclusión de toda duda que intente penetrar en nuestro entendimiento á la sombra de nuestras aficciones presentes. No es, ciertamente, maravilla que los hombres de poca fe, *modicae fidei*, saquen por conclusión de esta universalidad de odios y agresiones el triunfo próximo y completo del positivismo filosófico, político y social sobre nuestra antigua fe; pero nosotros, hijos de la nueva esperanza ¹, aun en lo más recio de la tormenta, cuando el enemigo repite sus cantos de victoria hasta ensordecernos, nosotros queremos hallar nuestras fuerzas en aquellas palabras que al cabo de veinte siglos no han perdido su verdad y eficacia. "Y "también oiréis guerras y rumores de guerras. Mirad que no os "turbéis, porque conviene que esto suceda... ² En el mundo "tendréis apreturas; mas tened confianza, que yo he vencido al "mundo ³."

Otro texto, y con él doy fin á estas humildes páginas.

Habiendo presentado recientemente á los pies de Su Santidad el Papa León XIII una representación del Apostolado de la Oración el homenaje de su filial amor y adhesión, el insigne autor de las inmortales Encíclicas con que ha difundido por el mundo la doctrina de la verdad y la norma segura de la acción y concurso de los fieles en la obra de reconstrucción que le ha encomendado la Providencia, después de haber ensalzado la devoción del sagrado Corazón de Jesús, llamándola "arca de salvación, prenda del triunfo de la Iglesia, en la cual se cifran todas nuestras esperanzas," añadió estas otras hermosas palabras: "Pero la conservación de las cosas no se verifica sino por sus mismos principios generadores. Y como el principio generador de la sociedad cristiana ha sido el amor de este Corazón divino, preciso es también que este mismo amor sea el principio restaurador. Este pensamiento ya Nos lo hemos ex-

¹ Et bonae spei fecisti filios tuos. (Sap., XII, 19.)

² Audituri enim estis praelia et opiniones praeliorum. Videte ne turbemini. (Matth., XXIV, 6.)

³ In mundo pressuram habebitis: sed confidite, ego vici mundum. (Joann., XVI, 33.)

presado otras veces; la salud deseaba ser principalmente el fruto de una gran efusión de caridad, de esta caridad cristiana que es la síntesis del Evangelio y el más seguro antídoto contra el egoísmo de nuestro siglo. Esta caridad tiene su origen en el divino Corazón del Redentor, de donde emana para la salud del mundo."

J. M. ORTI Y LARA.

Madrid, día de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo del año de 1893.